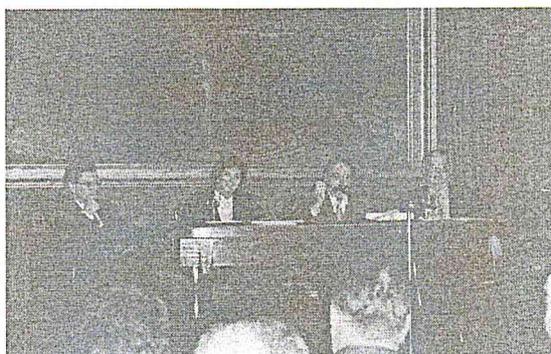


## [Carta a José Pedro Díaz]



*En la Academia, junto a Carlos Jones, Antonio Cravotto y Jorge Arbeleche.*

Montevideo, 19 de mayo de 1982.

Querido José Pedro:

La lectura de tus notas en *Correo [de los viernes]* despierta en mí a veces el impulso de revivir aquel estimulante diálogo que eran tus clases en los viejos tiempos de Preparatorios, del IPA. La admiración y el respeto –ya no hacia el profesor sino hacia el escritor y el amigo– me parecen una buena base para iniciar la discusión.

Por ejemplo, tu último artículo en defensa de la poesía. Creo que entiendo y comparto tu intención. Es mejor leer buenos poemas que entretenerse con la prosa que nos venden por ahí. Pero qué es prosa, qué es poesía, qué se entiende por entretenimiento. El asunto es complicado y arrastra algunos cabos sueltos o probables malentendidos, que me gustaría recoger en estas líneas apresuradas, sin pretender convertirme en abogada del diablo (que ya tiene suficientes y es muy desagradecido).

Para empezar, yo también desconfío de las definiciones. Pero, por desgracia, no podemos vivir sin ellas, se nos deslizan entre las palabras y los gestos, como el “dinero sucio” en la vida cotidiana. En tu artículo encuentro la definición –que no quiere ser tal– de la “poesía” como un lenguaje de “mayor intensidad y más limpia frescura”. Hasta aquí comparto tu cautela y sabia reticencia. La poesía es “aproximadamente lo que sospechamos”. Me encanta la expresión y me parece bien dejarla ahí. Pero, como prueba de la vigencia de la poesía y caducidad de la prosa, comparas nada menos que a Quevedo con Mateo Alemán.

Los dos sabemos que la diferencia entre ambos no es sólo de género, sino de genio. Si comparamos, en cambio, a Quevedo (el poeta) con

Cervantes, creo que las encuestas se inclinarían del lado del prosista, cuyas virtudes tienen que ver con el arte de entretener. Este arte merece, en mi opinión, también una defensa. Nada más entretenido que un texto apasionante, removedor, insólito, brillante. Perdón por la retahíla de adjetivos y metáforas convencionales, pero quiero hablar con la mayor llaneza posible. A veces nos ocurre –me ocurre a mí, supongo que también a ti y a todo el mundo- que se nos cae de las manos un buen libro. Aturdidos por el ruido y el cotidiano macaneo, no somos capaces de entretenernos, por ejemplo, con la lectura de *El Quijote*. Preferimos oír las noticias de la radio, ir al cine o discutir con los amigos. La culpa, por supuesto, no es de Cervantes. Quizás tampoco sea nuestra. Creo que ni siquiera es una culpa. Es cuestión de fatiga y de estímulos circunstanciales. Pero mientras conservemos nuestros sentidos, la buena prosa como la buena música –y, claro está, los buenos versos- seguirán siendo algo muy entretenido.

Para un fanático formalista siempre habrá algo espurio en nuestra manera de gozar. La “poesía pura” –esa horrible entelequia- debe ser (para ser pura) algo así como un castigo, algo aburrido, implacable, desabrido. Sospecho que todo fanático (de cualquier cosa) esconde a un furtivo inquisidor, a un vergonzante idealista puritano. Yo, que no soy devota de Epicuro, que prefiero mi calma provinciana al delirio de la fiebre consumista, confieso que me gustan los poetas sabrosos, los que hablan de la vida, de sus experiencias, sus placeres, sus dudas, sus heridas. Y que, por supuesto, lo hacen bien, no me mienten demasiado, no me venden un disfraz de lentejuelas. Como decía Brecht: Pensar es uno de los mayores placeres que conoce la humanidad.

Por otro lado, una mala serial de televisión, un libro mal escrito –capaces, sin duda, de subyugar a una masa de “adictos”- pueden llegar a ser, para mí, para ti, para muchos, una tortura intolerable.

Tampoco me gusta la marihuana. Cuestión de gustos, de hábitos, de convicciones. En el fondo, el arte me parece un problema de fe.

Yo confío en que los malos prosistas serán olvidados igual que los malos poetas. Nadie se entretiene hoy con las novelas de caballería (salvo Vargas Llosa, pero yo tengo mis dudas). Seguimos leyendo, en cambio, a Homero, a Cervantes, a Tolstoi, Dostoiewski, Chejov, Proust, etc. Las traducciones suelen ser horribles. Trituran por igual la prosa y el verso. Pero la eficiencia de las malas traducciones es la mejor prueba de que la obra existe a otros niveles más allá del nivel lingüístico que encandila a algunos formalistas. A nivel textual Shakespeare es tan irregular y ríspido como Proust o Balzac...

Me parece que es cuestión de perspectiva.

Para leer una novela –recuerdo que nos enseñaste a leer *La guerra y la paz* y eso es para mí una deuda– tenemos que tomar distancia. El que observa una catedral con la lupa y el criterio de un joyero, solo encontrará un montón de piedras muy ordinarias. Dámaso Alonso nos hizo descubrir los valores líricos del Poema del Cid: “Aprisa cantan los gallos y quieren quebrar albores”. Parece de García Lorca.

Y está muy bien, pero el cantar no sobrevivió por esa joyita aislada.

Creo –y en esto, al parecer, discrepamos– que la poesía no es más difícil de leer y valorar que la prosa. Claro está que hay poetas herméticos y prosas ilegibles. Pero la poesía presenta, en general, dos ventajas. La primera es la brevedad. A la hora de opinar es preferible hacerlo con un soneto fácilmente memorizable, antes que con una novela (y en principio, sospechosa) *Comedia humana*.

La otra ventaja de la lírica tiene que ver con la concentración del poema en el nivel lingüístico. Los recursos del poeta lírico son con frecuencia (no siempre) más visibles que los del novelista. Una metáfora, un buen adjetivo, son algo que salta a la vista. En cambio, los mecanismos de la creación de Proust siguen siendo un enigma para muchos de sus lectores (y aun de sus críticos). El propio Proust se quejaba de que sus contemporáneos juzgaran su obra por aspectos parciales, sin tener en cuenta la estructura global que él había concebido. Queja injusta, por cierto, en aquel momento, pues no podían juzgarlo por materiales inéditos e inconclusos. Pero hoy sabemos que, en el fondo, tenía razón. Alabar a Proust (o censurarlo) por algunas metáforas y comparaciones más o menos cursis que intentaban adornar y prestigiar su primer tomo, me parece tan desatinado como elogiar a Julio Herrera por la profundidad de su *Weltanschauung*.

Claro está que el nivel lingüístico –incluyendo las famosas comparaciones– importa en la narrativa. Y el nivel temático (llamémosle así para simplificar) es también valioso en la poesía lírica. Porque –y en esto creo que estamos de acuerdo– la diferencia entre prosa y verso no es esencial. El hecho de que su lectura resulte entretenida me parece, por lo menos, un buen comienzo, aun cuando los lectores desconfiemos de nosotros mismos (nunca está de más) y nos consideremos tan corrompidos por el mal gusto imperante como para entretenernos con tonterías. Pero yo creo, todavía, en nuestra salud mental.

Me parece bien que se hagan encuestas entre los lectores de poesía y aún mejor que trates de convencer a la gente de que leer buenos versos importa más que descubrir quién se casa con quién o quién mata a quién. Yo agregaría que los versos pueden ser más entretenidos que esas intrigas

y que no hay nada despreciable en el arte de entretener. No es un juego de palabras. Creo que el que escribe tiene el deber de entretener y que puede hacerlo sin recurrir a medios abyectos.

Hasta pronto. Un abrazo también para Amanda y perdón por la lata.

Mercedes.



*Con Jorge Curi.*